

Domingo XVI del tiempo ordinario

“Les contó otra parábola: El reino de los cielos es como un hombre que sembró semilla buena en su campo. Pero, mientras la gente dormía vino su enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Cuando el tallo brotó y aparecieron las espigas, también apareció la cizaña. Fueron entonces los sirvientes y le dijeron al dueño: Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿De dónde le viene la cizaña? Les contestó: Un enemigo lo ha hecho. Le dijeron los sirvientes: ¿Quieres que vayamos a arrancarla? Les contestó: No; porque, al arrancarla, van a sacar con ella al trigo. Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha. Cuando llegue el momento, diré a los cosechadores: Arranquen primero la cizaña, y en atados échenla al fuego; luego recojan el trigo y guárdenlo en mi granero” (Mt 13, 24-30).

Mirar... cultivar... al final cosechar.

Este relato de Jesús es una de esas imágenes pintorescas y llenas de sentido y resonancias para la vida. Basta ubicarse por un momento en la escena en la que Jesús cuenta esta historia que a primera vista está cargada de injusticia: un enemigo parece arruinar a propósito el sembradío de trigo de este campesino. Y es absolutamente esperable la respuesta de los trabajadores “arranquemos lo que arruina nuestro campo bien sembrado y en pleno crecimiento”. Y Jesús pone las cosas como lo hace siempre, de un modo diferente que obliga a pensar la situación de otro modo, con otra lógica, con un nuevo paradigma.

Quiero rescatar algunos elementos del relato que nos pueden ayudar en nuestra vida. Lo primero es que este sembrador sembró buena semilla en su campo. Y es así como transcurre nuestra vida que está sembrada de buenas iniciativas, de proyectos, de trabajos. Así son nuestras relaciones con nuestros hermanos, sembrados de buenos deseos, de ganas de compartir, de buenos momentos. Y esta buena siembra también es símbolo de nuestro corazón, en el que los buenos sentimientos, deseos, inclinaciones “son primero”. Es que la buena semilla del amor primerea la siembra en todos los órdenes, situaciones, vínculos, hasta en el propio corazón.



Sin embargo, ninguna situación por buena que inicie, por bien que empiece, se libra de que la mala semilla se instale. Es que lo que empezó bien, un trabajo, una idea, un proyecto, nuestros buenos deseos e intenciones, pueden girar, se pueden torcer. En ellos puede caer la semilla de la competencia, la envidia, la ambición; las intenciones pueden dejar de ser tan claras y sencillas y comenzar a teñirse con otros intereses. Las situaciones que vivimos y nuestro propio corazón puede acoger el mal, hacerle lugar y hacerlo crecer. Y ambas plantas crecen juntas, van a la par.

Ambas plantas pueden confundirse, de hecho, son de una apariencia semejante, pero hay algo que las distingue claramente: el fruto. La cizaña también arroja tallo y espiga como el trigo, pero su fruto no da harina con la que se pueda hacer pan para nutrir a otros.

Por eso no es conveniente apurar las cosas, intentando “purgar el campo”, quitando la cizaña. Jesús nos recomienda dejar que crezcan juntas. Es decir que durante el proceso de cultivo el campo tendrá las cosas un poco mezcladas. Habrá trigo y cizaña. Y así nuestros proyectos, nuestras relaciones y hasta nuestro propio corazón, verá crecer el trigo, pero también esas oscuridades, dificultades, “esa cizaña” que preferiríamos que no estuviese. Pero no se trata de arrancar sino de cultivar. Lo importante es aprender a mirar para distinguir *dónde crece el trigo y dónde la cizaña*, para cultivar sólo el trigo y no alentar la cizaña, aunque esté allí.

Así, debemos confiar en los procesos, pues al final cuando ambas plantas están listas para la siega, se distinguen por su fruto, y aunque se parezcan no son lo mismo. El trigo alimenta a otros, nutre, da de comer. La cizaña es imagen, hojarasca, puro yuyo que hace bulto, pero inservible.

Por eso no hay que apurarse, y hay que dejar con paciencia que los procesos hagan su trabajo, que ambas plantas crezcan que al final, el cosechador sabrá distinguir la una de la otra. Si te apuras por separar, corres el riesgo que la fragilidad de los tallos nuevos del trigo, se arranquen también. Cuida los retoños de vida, el bien y la belleza, lo bueno de toda situación. Aprende a mirar para cultivar el trigo que hay en tu vida, en tu corazón, en cada circunstancia que vivas. Distínguelo de la cizaña que siempre crece a su lado, pero no te apures en arrancarla, pues la vida no es una competencia de imagen y pureza, no vinimos a ser impecables y sin fallas. Deja que crezcan juntas y dedícate a cultivar el trigo.

No le pongas ojo a la cizaña ni te inquiete su existencia. Al final la cosecha tendrá la última palabra, pues el trigo que recojas en cada circunstancia será para *servir a otros, para hacer pan que alimente, que nutra, que sostenga y de vida. Por eso lo guardarás y lo compartirás*. Allí está la diferencia, pero a su tiempo, cuando “llegue el tiempo”. Y la hojarasca de la cizaña caerá sola, y quedará en evidencia al final por su propia incapacidad de servir para nutrir, y será desechada.

Mira... distingue... cultiva el trigo... ten paciencia... no te apures... al final el trigo es el que da de comer a otros, y para aprovecharlo hay que esperar que llegue el tiempo de la cosecha.

Buena Semana!

Bettina Raed
Directora Red Mundial de Oración del Papa
Argentina - Uruguay